

yer, para continuar la oblación santa y que os dice: Dios mío, os adoro infinitamente tanto como lo merece vuestra soberana grandeza, vuestra eterna magestad, porque es Jesucristo quien os adora por mi boca.—Dios mío, os doy gracias como estoy obligado por vuestra bondad infinita, porque es Jesucristo quien os lo agradece por mí.—Dios mío, os ofresco por mis pecados y los del mundo un rescate tal como lo exige vuestra justicia ultrajada, porque es Jesucristo quien os recuerda los dolores de su agonía, los sufrimientos de su pasión, las tristezas y amarguras de la muerte; es Jesucristo quien os muestra las llagas de sus pies y manos, la herida de su corazón traspasado. Dios mío, yo os imploro como lo exige mi indigencia, mi extrema miseria, porque es Jesucristo quien intercede por mí, y quien reclama de vuestra misericordia y bondad, las gracias del tiempo y las bendiciones de la eternidad.

Y así esta primera Misa es un verdadero sacrificio. Ah! bien lo sé: hay en esto un misterio tan elevado, tan profundo, que desconcierta la razón humana. Cómo es posible? El Señor ofrecido por el siervo, el Inmortal por el mortal, el Eterno por el hombre del tiempo, el Creador por la criatura, el Santo de los Santos por el pecador, un Dios por un hombre! Ah! sí, yo creo al Evangelio, yo creo á la Verdad infinita que ha dicho á sus ministros: "Haced esto en memoria mía". Yo me inclino ante esas divinas palabras, mi razón se somete y adora, y mis labios repiten ese himno de admiración: Oh qué grande es el poder del Sacerdote que celebra el divino sacrificio en nuestros altares!

El Sacerdote produce é inmola á Jesucristo. Pero no es ésta toda su gloria, si no que diario comulga, es decir, come la carne y bebe la sangre de Jesucristo. En efecto, el altar no solo es Belén y el Calvario, es tambien el Cenáculo. Si se desea saber porqué el Sacerdote aparece tantas veces lleno de prestigio ante los fieles, tan abnegado y tan entregado

á los intereses que son de Dios y sacrificado por la salud de los hombres, no obstante las dificultades y contradicciones que por todas partes encuentra, no solo al obrar sino aun al hablar y manifestar su buena voluntad; el misterio está en que se nutre con el cuerpo y sangre de Jesucristo. La Eucaristia es su fuerza. Los labios del Sacerdote se enrojecen todos los días con la sangre de su Maestro; todos los días come su carne, siendo esto bastante, para ser una verdad lo que decía S. Pablo: "Dios está en mí, en el centro de mi corazón; yo todo lo puedo en Aquel que me conforta" *Omnia possum in eo qui me confortat.*

Oh mundo! no intentes seducir á este Sacerdote y atraerle á tus lazos. Jesucristo entra todos los días en él por la comunión. ¿Qué es un saco de oro, un monton de plata, palacios, un reino, el universo entero, comparado con el tesoro que lleva en su corazón? ¿Qué son los placeres de la tierra, los perfumes mas suaves, las frutas mas esquisitas, las alegrías mas cordiales ante esa alegría, esa felicidad, esos embriagadores éxtasis, esos enternecimientos que experimenta al comer el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y beber el cáliz del amor eterno? ¿Qué son las dignidades humanas, los placeres, los títulos, los honores comparados con Jesucristo? Sacerdote de Jesucristo, su ambición está satisfecha: él desprecia las dignidades que otorga el favoritismo, las posiciones que los cambios de opinion hacen perder, los títulos que se disputan y los honores que se compran á precio de la conciencia.

Oh mundo! Oh poderosos de la tierra! Lo que no podais obtener por la seducción, no penseis obtenerlo por la amenaza. Sin duda que podeis arrojar sobre el Sacerdote el menosprecio, y podeis por medidas siniestras dificultar su ministerio, condenar su palabra y sus obras; podeis tambien robarle su pan cotidiano, la miserable retribución de que vive; podeis mas adelante inponerle multas que lo arruinen; pero no espereis intimidarle, por-

que Jesucristo está con él. La Eucaristia es la que lo sostiene, la que apoya su debilidad, y Ella es más fuerte que la injuria, el atropello, la calumnia, y más fuerte que la misma muerte.

La Eucaristia es tambien el consuelo del Sacerdote. El tiene sus penas, sus tribulaciones y las soporta con tanto mas gusto, cuanto que tiene que restañar las lágrimas que brotan de sus ojos, y los suspiros que salen de sus labios, y sufrir solo, como su Maestro en el jardín de Getsemaní.

Cuando sucumbe bajo el peso del dolor, Jesucristo le levanta. ¿Que me importa, decía una vez un obispo que despues fué cardenal, que me importa que á fuerza de paciencia, de zelo, de caridad venza al fin la persecución; como no he de llevar con resignación la cruz sobre los hombros, la corona de espinas en la frente, cuando tengo la Eucaristia en el corazón!

Ah! este pensamiento casi no hay día que el sacerdote no le conserve estando en el altar. Comulga, y olvida todo lo demás, la ingratitud, la traición, el desprecio, para cantar nomas el himno de acción de gracias.

En fin, la Eucaristia es el alimento de su caridad. Cuando el Sacerdote ha sentido su corazón moverse y palpar sobre el corazón de Dios, no puede menos que esclamar: yo amo á este Dios, que habita en mí: *Amo Christum meum*; lo amo y estoy pronto á sacrificar por El lo que tengo de mas querido. Si El quiere mi sangre, que la tome hasta la última gota, hoy, á cualquier hora, en cualquier lugar; *Amo Christum meum* Amo a Cristo, y en Cristo amo á mis hermanos. Ah! todos los que tengais necesidad, venid á mí; ¿Quién tiene hambre? ¿Quién tiene frío? Mi corazón se dilata, se ensancha; mi alma se abre con toda su grandeza, venid pobres, venid infelices, venid, todos los que estais faltos de alegría aquí en la tierra, venid todos, porque la caridad de Dios está conmigo: *Caritas Dei urget nos*, y yo no estaría satisfecho sino cuando me haya empobrecido para nutrirlos, me haya desnuda-

do por vestiros y gastado todo para enjugar vuestras lágrimas.

El Sacerdote produce á Jesucristo en el altar, lo inmola y se nutre con El. Añadiré el último título de gloria á su ministerio, diciendoos que lo dá á los hombres en la comunión.

En el Cenáculo no hubo más que doce convidados, los doce apóstoles. En nuestros templos más vastos y más ricos, el sacerdote llama á todos aquellos que están confiados á su paternal solicitud, y son alguna vez muchedumbres enteras que vienen buscando á Dios para nutrirse con El en el banquete paternal.

Mas generoso que todos los reyes, que á todos los poderosos de este mundo, el Sacerdote dá el Bien increado, el Bien infinito; dá al mismo Dios y en ese don magnífico, dá todo lo que puede darse en todas las edades y en todas las condiciones, porque el Sacerdote dá á Jesucristo.

El lo dá á los grandes del mundo, para que su corazón no se adhiera á las vanidades de la tierra, para que aprendan á consolar á los pequeños y á compadecerse de los afligidos; lo dá á los sabios para que su inteligencia se ilumine con los rayos de la Verdad infinita: Lo dá al obrero para que no desfallezca en su trabajo cotidiano; al sirviente para que su obediencia sea mas humilde y sumisa; al indigente, al mendigo de los grandes caminos, para que no desesperen en medio de los males y las tribulaciones que les aquejan; lo dá al magistrado para que dé sentencias justas, al soldado para que sea fiel á su bandera y la defienda en los peligros de la vida; lo dá al justo para que perseverare en la practica de las virtudes; al pecador, para que habiendo caído, se levanta por medio de la penitencia para que libre ya, se fortalezca contra los ataques del demonio, la seducción del mundo y el imperio de las pasiones.

Lo dá á los niños, en una fiesta, nunca olvidable, la primera comunión, para que aumenten su inocencia y su fuerza. Lo dá á los padres y á las madres para que cumplan los deberes tan graves de su vocación;

lo dá al anciano que va á morir: ahí nada conozco más conmovedor que esta última comunión. El Sacerdote es más grande en presencia de la muerte á la que se acerca, por que lleva la paz, la alegría, la esperanza a ese muribundo cuyos miembros desfallecen cuya mirada se extingue. La humanidad toda entera debería caer de rodillas en ese momento para darle las gracias y bendecirle.

Y sin embargo, hay en la actualidad quienes no quieren al Sacerdote, y que pretenden lo que pretendieron nuestros antepasados hace un siglo; pretenden ultrajar al Sacerdote, y arrojarle de entre nosotros.

Insensatos! quieren que México, este país tan querido, nuestra patria, vuelva á la barbarie, México sin ministros, sin misa, sin Eucaristía, sin Dios, sería, las tinieblas que suben del abismo, el egoísmo que reina sobre un pueblo de esclavos, sería el foco de todos los vicios que invaden todas las condiciones de la vida social, sería la afrentosa dominación de la anarquía, de la embriaguez de la sangre, del libertinage.

México sin ministros, sería decir á la verdad: ya no enseñarás; á la caridad: ya no serás amada: á la virtud, no te sacrificarás ya.

Ah! yo quisiera que mi voz repercutiera más allá de este templo. Yo conjuro á mi país, conjuro á este siglo, á que en lugar de combatir, de dificultar, de oprimir el ministerio sacerdotal, lo honre, y lo enaltezca, para engrandecer la santa libertad del hombre y del cristiano, y con esto, gran bien haran al la verdad y al amor.

Os he hablado del Sacerdote y de las sublimes funciones que ejerce en la santa Misa y no me queda ya más que suplicaros que os unáis de corazón é intención á ese jóven Presbítero que celebra hoy la fiesta de su sacerdocio.

En estos últimos días habéis orado por él; habéis suplicado al Espíritu Santo que derramara en su alma todas las gracias que hacen un buen ministro. Os doy las gracias á su nombre, y os puedo asegurar que ahora cuando llegué el mo-

mento solemne en que tenga en sus manos la hostia santa, se acordará de cada uno de vosotros.

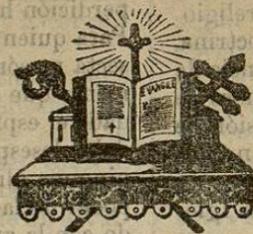
Conozco, mi querido hermano, toda la generosidad de vuestro corazón y estoy seguro de que palpita en este momento con las más dulces emociones que pudieran agitar un pecho humano. No, no olvidéis á nadie, ni á vuestros amigos, ni á ninguno de los que están aquí tomando gran parte en vuestras felicidades.

No olvidéis tampoco á los ausentes, aquellos que por causa de la distancia, de la miseria ó de las enfermedades, se han visto obligados a renunciar á la dicha de estar en esta bella fiesta. Acordaos también de los queridos difuntos que os conocieron y amaron. Ah! por aquellos que han dejado este mundo en la creencia de que muy pronto seriais sacerdote, y con la pena de no poder asistir á vuestra primera misa.

Dilatad vuestro corazón, mi querido hermano, y no temáis pedir demasiado. Me parece que Dios se presta á vuestras súplicas, y que no os quiere rehusar nada de lo que le pidáis *Impleat Deus omnes petitiones tuas*; y luego que el Señor haya oído vuestra voz, esparcirá sobre todo lo que tenéis de más querido, la abundancia de sus gracias y la suavidad de sus bendiciones y nadie habrá que no se aproveche de vuestro primer sacrificio *Memor sit omnis sacrificii tui*; y voz mismo cuando llegéis á la vejez hasta el fin de vuestros días, al recuerdo de ese holocausto, y de esta misa tan solemne, sentireis una tierna alegría que no podrá compararse con ninguna de las delicias de la tierra y solo será semejante con las delicias del cielo. Así sea.

DEFUNCION.

El día 3 del corriente falleció en esta ciudad el M. R. P. Ex-Provincial de Franciscanos Fr. Francisco Rodríguez.
R. I. P.



RESP. JESUS BERRUECO.

Imp. de N. Parga. --D. Juan Manuel R.

TOM. VII.

GUADALAJARA, 22 DE FEBRERO DE 1893.

NUM. 28.

CARTA DE NRO. SMO. P. EL SR. LEON XIII. AL EPISCOPADO ITALIANO.

Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

Habituado por instinto á impulso del demonio malo, á combatir contra el hombre cristiano, el espíritu del mal ha asociado siempre á sus empresas hombres ligados entre sí para procurar con sus funestas conjuraciones la destrucción de las doctrinas divinamente inspiradas y hasta la ruina de la misma república cristiana. Y ya nadie ignora el daño que estas legiones, así constituidas para la lucha, han causado siempre á la Iglesia. Pues el mismo espíritu que movió á todas las sectas pasadas, revive ahora en la secta llamada de la *Masonería*, que, poderosa en fuerzas y recursos y haciendo alarde de su saña, combate contra todo lo sagrado.

No ignorais vosotros que los Romanos Pontífices, Nuestros predecesores, más de una vez, desde hace siglo y medio, han proscrito esta secta, y que Nos mismo, como era Nuestra obligación, la hemos condenado también, advirtiéndole claramente á los pueblos cristianos para que evitaran con la mayor vigilancia caer en sus lazos, y contrarrestasen enérgicamente sus es-

fuerzos, según conviene á los verdaderos discípulos de Cristo. Pero hay más; para impedir toda apatía y adormecimiento, hubimos de aplicarnos á descubrir los secretos de tan abominable secta, y ya señalamos puntualmente cuáles son los medios con que procura la desaparición del catolicismo.

Sin embargo, preciso es reconocer, si han de decirse las cosas tal como son, que, merced á una falsa seguridad, hay italianos que desconfían poco de la secta masónica ó la conocen mal, de modo que no se dan cuenta de la gravedad del peligro, ó no creen en su realidad. Sigue-se de aquí que la fé heredada de nuestros mayores, la salud que trajo á los hombres Nuestro Señor Jesucristo y por ende los mismos beneficios de la cristiana civilización, se hallan amenazados. En efecto, sin jamás retroceder, sin temor á nadie, la audacia de la secta masónica crece todos los días, penetra como la peste en todas las ciudades, y continuamente se esfuerza por penetrar más cada vez en los organismos del Estado, con el fin que también procura alcanzar en las demás naciones, de hacer desaparecer de Italia la Religión católica, fuente y principio de los mayores bienes. De ahí la infinidad de recursos que se ponen en juego para combatir la fé cristiana; de ahí la tiranía y menosprecio de las leyes civiles contra la legítima libertad de la Iglesia. Teórica y prácticamente se sostiene